

MARGINALIA

Por RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



A la izquierda: El mono que anda por los jardines madrileños.—En el centro: Cinocefalo.—A la derecha: Un chimpancé.—En el centro: La leona «Rase» de Mussolini

¿SON LOS MONOS NUESTROS PRIMOS SEGUNDOS?

El conferenciante Kohler y unos hermosos artículos de Ortega y Gasset han vuelto a dar misterio a los monos, porque los han espantado del sitio cómodo y fácil en que ya les teníamos colocados.

El tiempo y las investigaciones juegan como con un balón con esos cráneos dudosos que han aparecido en las excavaciones.

La broma enigmática del mono tiene saltos divertidos, tan divertidos como los que él da saltando de rama en rama.

¿Son padres, hermanos ó hijos del hombre? No se sabe, porque su insinuación tan pronto está á un lado ó á otro en la selva de nuestros pensamientos.

¿No será el mono una burla ó un sarcasmo de la naturaleza con el solo objeto de producirnos una certera inquietud y un determinado escalofrío de bestialidad? ¿No será el ejemplo de á dónde puede llevar una vida dedicada al materialismo y sin curiosidad, nobleza é inquietud?

El problema del mono se agrava, y parece tener la intención cáustica de la caricatura, la verdadera caricatura viviente, el aspaviento moralizador de civilización que aparece y desaparece en los espejos del entrebosque.

El profesor Wolfgang Kohler ha dado muy por terminada su labor con los monos. Yo le hacía preguntas que sugiriesen una nueva sospecha; pero él, vestido con el pantalón corto y como ciclista de la ciencia, se apresuraba á cortar violentamente la fe en que pueda encontrarse alguna vez el verbo del mono. El profesor los había dejado á todos para Septiembre, suspendiéndolos para no revalidarles más.

El profesor Kohler, como quien habla de un antiguo amor, recordaba á una mona excepcional, y contaba sus anécdotas.

Un día se puso una máscara y los monos se atemorizaron y comenzaron á urlar como cuando sentían el nublado de lo sobrenatural. Sólo la mona le arrebató la careta, y después de mirarla fijamente y de mirarlo á él, la hizo añicos, dedicándole una severa y cariñosa reconvención que parecía querer decir: «Que no se te ocurra volver á hacer esto.»

También la fábula de la mona y el espejo fué graciosa.

Kohler entregó un espejo de mano á la mona preferida, que comenzó á mirarse en la «coqueta» con una rara coquetería, como si fuese á darse carmin en los labios con la barra de su bolsillo. Un largo rato estuvo contemplándose, hasta que con un rasgo súbito de astucia, y cuando ya creía tener bien seducida á la otra mona con sus sonrisas cor-

teses, sacó la mano que ocultaba con dura crispación á su espalda y en rápido gesto apresador quiso atrapar á la mona que el pequeño espejo oval suponía enfrente de ella.

El profesor Kohler había dado tan por terminada su experiencia, que sólo nos dejaba á nosotros la fantasía con que llenar el campo, hasta que otro profesor descubra un nuevo sentido de la monería y reivindique el manejo del instinto gracias á maquinaria superviviente en el mono.

¿Qué decir mientras tanto á los niños que toman en los jardines un besito de ese abuelin sonriente que se arrastra cargado de bombones bajo las arboledas que ya no le reconocen? ¿Que es un primo tercero que apenas les toca nada?

Por cierto que, aunque sea pariente tan colateral nuestro, no hay derecho á darle la leche en una lata, como se la dan en el parque zoológico al chimpancé que se está procurando aclimatar entre rejas y cristales. Tiene derecho el infantil chimpancé madrileño á que le den la leche en un biberón graduado, sistema moderno. En una lata de pintura se vuelve tan parecida al ripolín la leche que le dan, que ha de ser indigesta. Ya que no puede tener nodriza el pobre incluso de los bosques, désele la leche á través del engaño del chupón.

LA LEONA DE MUSSOLINI

En el parque zoológico de Roma me he encarado con la leona que, según un pomposo cartel, es propiedad del muy honorable *Duce*, que, no pudiéndola tener en casa, la ha depositado en la isla de los leones; isla porque el sistema de aquel parque es el de no tener á los animales en jaulas, sino en libertad, separándoles del público con abismos y escarpaduras.

Cuando fué cachorra la célebre leona, sospeché que era un símbolo, y que representaba el fascismo naciente, cuya fuerza frenética é incalculable acabaría por destrozar fieramente al que la había *progeniado*, es decir, algo más que procreado.

Me callé aquella imagen de discurso, y la leona y el fascismo nos han sorprendido no comiéndose al *Duce*. Hay que confesar que las imágenes del pasado luchan con la novedad inesperada de los tiempos actuales.

Mussolini va á visitar á su leona algunas veces, y el animal del escudo que se ha improvisado el dictador le reconoce y aun se deja acariciar, como si se hubiese dado cuenta que su destino es el destino batallador que las leonas de leyenda, y un día irá á la cabeza de las legiones avanzando hacia el enemigo con intrepidez de cañón viviente.